

# Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



## Capítulo VI



Mesas-banco, colocadas una tras otra, bordeaban el perímetro del comedor. Detrás Las mesas se extendían en hileras paralelas de enormes pilares con arbotantes y nervaduras que se desplegaban contra el alto techo abovedado como garras monstruosas. Una hilera de enormes calderos de hierro ocupaba el centro del salón, cuyas brasas infernales protegían de un frío perpetuo. Unos pocos monjes permanecían en el salón, tras haber terminado sus comidas, susurrando los últimos rumores sobre los enfrentamientos diarios entre los frailes residentes, los escuderos y los soldados indeseados que parecían vigilar cada puerta y rincón de la abadía. Iván había cogido un cuenco de guiso de pescado y pan de la mesa, se había apartado del pequeño grupo y había salido del refectorio, cuando un fraile Odino sin aliento casi lo atropella.

—¡Odino! ¡Casi se me cae! —le regañó Iván—. ¿Dónde has estado? Odino siguió la mirada crítica de Iván hasta la manga de este, manchada con salpicaduras de guiso de pescado. Odino contuvo el aliento. —Perdóname, Iván. Debemos hablar. Ahora. —Odino lo condujo hasta la esquina exterior del edificio.

"¿Acerca de?"

—¡El nuevo Cardenal pretende abrir la Piedra de la Puerta! —susurró Odino. Iván se echó hacia atrás, incrédulo, entrecerrando los ojos—. Digo la verdad.

“¿En el vino un poco temprano?”

“Debes creerme.”

“Odino, pronto dejaremos la abadía. No necesito que me espoleen.”

“¡Iván! No estoy borracho, ni te estoy incitando. Lo oí por casualidad ; incluso sus propias palabras.”

Iván desestimó sus protestas. «Estupendo. Ahora quizás debería traerle a Lázaro lo que queda de su comida».

Iván intentó marcharse, pero Odino lo agarró con fuerza del brazo.

“¡Iván!”

“¿Odino?”

«Estos soldados no son guardias papales. ¡Ni siquiera son de Aviñón! El capitán Bourne pertenece a la Guardia Real; recibe órdenes de Su Majestad el Rey Felipe. ¡Se lo aseguro, los oí hablar!»

Iván se llevó una mano a la manga. —Por favor, suéltame el brazo. Odino obedeció. —Ahora cuéntame lo que has oído —dijo Iván, frotándose el brazo.

“Yo estaba debajo de la ventana de los baños. Dentro, oí al abad Masson y al capitán. Discutían sobre las provisiones que quedaban para alimentar a los hombres del capitán. El capitán amenazó con abandonar la abadía cuando el abad le prometió que pronto abriría la puerta de entrada. El capitán concedió un plazo de tres días. El abad accedió.

—¿Qué? ¡Estás bromeando! —preguntó Iván con el rostro contraído—. Han venido a...

Odino sacudió el hombro de Iván, exigiendo la máxima atención. «¡Y aún hay más! Clodio Greville y Grate van a ayudarlo. Y ya sabes, ellos lo saben : el método para quitar la piedra angular del altar. ¡Han accedido a instruir al Cardenal, Iván!».

“¿Por qué habrían de aceptar esto? No tiene sentido.”

“Pero a Clodio le conviene , ya que ha intentado ganarse el favor del Cardenal para ocupar nuestros puestos de responsabilidad a cambio de su ayuda. Y el Cardenal ha accedido a que Clodio y Greville se conviertan en los nuevos supervisores de las catacumbas, en caso de que el Cardenal tenga éxito.”

“¿Pero de qué le sirve al Cardenal abrir la Piedra de la Puerta? ¿Qué bien puede resultar de...?”

“Para usarla como arma contra los ingleses. Por lo que he oído, parece que pretende invocar espíritus de ella para enviarlos contra los hombres del rey Eduardo en Crécy. Entiendo Incluso Su Majestad el Rey Felipe está implicado, aunque sospecho que Su Santidad no sabe nada.

¡Es una pesadilla, todo esto , parece tan irreal!

Iván reflexionó: «En efecto. Eso explica por qué a ninguno de nosotros se nos permite salir de las puertas de la abadía, y por qué hay tantos soldados».

“Y los guardias confiscando el correo”, añadió Odino.

Iván se frotó la mejilla. "Dios mío, esto es grave; horrible."

¿Y Lázaro? Tendrá que presentarse ante Clodio. Recuérdalo con Miguel, el del manto.

Iván recordó lo ocurrido seis años antes, cuando Clodio exigió a Miguel que se quitara la capucha delante de los demás escuderos. Aunque el abad Vonig siempre había permitido que los muchachos deformes llevaran capuchas para preservar su dignidad, Clodio se había atribuido la responsabilidad. Al enterarse, Iván montó en cólera; y si Odino no hubiera estado presente para detenerlo, habría golpeado a Clodio. Iván le había advertido a Clodio que no tocara las capuchas que había cosido para Miguel, Thateus y, sobre todo, para Lázaro; el resentimiento persistía.

«Si el Cardenal abre la Piedra de la Puerta, no habrá catacumbas que vigilar, ni siquiera una abadía», reflexionó Iván en voz alta. «Debo sacar a Lázaro de aquí, tal vez mañana por la noche. ¿Vienes con nosotros?»

“Sí, pero ¿cómo podemos viajar?”

“¿Sigue habiendo un carro de suministros vacío junto a los establos?”

“El capitán tiene los establos vigilados desde la muerte de Festoneau. No podemos acercarnos al carro. Y tal vez tengamos la suerte de llevarnos un solo caballo, sin que nos persigan.”

Iván miró fijamente hacia el paisaje. «Parece que no nos queda más remedio que irnos a pie».

“El pueblo más cercano es Murat, y está a más de un paseo. El sol saldrá sobre Lázaro antes de que nosotros...”

“¿Recuerdas la cueva que nos enseñó Fray Nicolás hace algunos años? La llama Boca de la Montaña .”

“¡Sí, es algo profundo y oscuro!”

Iván miró al cielo. «Boca de la Montaña, entonces. Está justo al oeste de aquí. Las estrellas nos guiarán; y la luna iluminará nuestro camino. Prepararé a Lázaro. Mira qué puedes encontrar en las cocinas, para los tres. Y trae lo suficiente, aunque sea un poco...»  
Un ejército de tres viaja con el estómago lleno. ¡Date prisa, antes de que los soldados sean atendidos y no quede nada más!

"Sí."

“Y tres cantimploras, de las grandes. Llévalas todas a las catacumbas. Ten cuidado de que no te vean con los suministros. Escóndelos. Y Odino, ni una palabra a nadie, por el amor de Lázaro. Nadie debe saberlo. Entiendo lo que Nicolás significa para ti.”

“No te preocupes. Lo sé.”

“Y si te detienen, debemos irnos por nuestra cuenta. Lázaro debe ser llevado lejos de

aquí inmediatamente.”

“Por supuesto. Y llevaré las provisiones a Mountain Mouth mañana, o poco después.”

Se separaron, Iván marchando hacia las catacumbas y Odino escabulléndose hacia las cocinas del refectorio. Solo entonces Fray Greville salió sigilosamente de detrás del rincón del refectorio. Les lanzó una mirada penetrante a cada uno y luego se escabulló hacia el despacho del abad.

Iván caminó apresuradamente por el corredor de las catacumbas con un pequeño cuenco y giró hacia una habitación. Lázaro estaba de pie junto a una mesa, de espaldas a Iván, envolviendo una antorcha nueva y colocándola sobre ella. en un gran montón de antorchas ya preparadas.

—Ya casi los tengo todos, fraile. Necesito más tela para terminar —dijo Lázaro. Se giró y

Iván miró a su alrededor. Dos agujeros vacíos para los ojos cayeron sobre el tazón de estofado.

—Déjalo. Ven a comer —dijo Iván. Se dio la vuelta y se marchó con el cuenco. Lázaro lo siguió. Continuaron adentrándose en las catacumbas, alejándose de la habitación de Lázaro, donde este solía comer su guiso.

“Fray, ¿adónde vamos?”

—Ven, hijo. Debemos hablar a solas. —Lázaro lo siguió, adentrándose en túneles sinuosos. Iván se detuvo ante la puerta de la cripta de los Bastón, una tumba excavada y bautizada en honor al obispo Claire Bastón, antiguo abad de los Guardianes tres siglos atrás. Con un chasquido y un giro, Iván abrió la puerta y, acto seguido, él y Lázaro entraron.

Iván le dio el cuenco a Lázaro y encendió las velas de la cripta. En las paredes este y sur, siete momias de altura yacían alargadas en nichos de sesenta centímetros. Un sencillo crucifijo de madera colgaba contra una pared lisa en el lado oeste. En el centro de la habitación había una tosca mesa de meditación de madera tallada; y junto a la puerta, una estrecha mesa para velas. Lázaro dejó el cuenco sobre la mesa y se sentó en un taburete. Iván se acercó y se sentó en un taburete frente a él. “Pescado y pan. Sí, sobre todo pan, pero tenéis que comer. Queda poco en el refectorio.” —Sí, fraile —gruñó Lázaro, quejándose para sí mismo. Había llegado a detestar el pan, el alimento básico rancio de la abadía, destinado más a hinchar el estómago que a saciar el hambre. La carne era mucho más agradable, especialmente el pescado. Y en frecuentes ocasiones, cuando el trozo de pan en su cuenco de la cena nocturna parecía excepcionalmente grande, y para sus adentros reflexionó que “un muchacho de familia noble no vive solo de pan”, añadiendo un toque irreverente a las palabras de las escrituras que conocía de memoria.

—Puedes llamarme padre ahora, Lázaro. —Lázaro levantó la vista y encontró la mirada de Iván.

Sonríe. En privado, Iván siempre permitía que Lázaro se dirigiera a él como padre.

—Sí, padre —obedeció, devorando el pescado.

“Abandonaremos la abadía la víspera de mañana, hijo.”

Lázaro se quedó paralizado. Una oleada de emoción lo invadió y buscó en el rostro de su padre la confirmación de lo que había oído.

“Y sí. Fray Odino viene con nosotros.”

Lázaro se levantó de un salto, rodeó la mesa y abrazó con sus bracitos a un monje corpulento y fornido.

Iván lo abrazó y le dio unas palmaditas con una risita. «Come ya. Tenemos poco tiempo».

Iván lo animó a volver a su plato. Con renovado vigor, Lázaro devoró su comida.

“Las espinas de pescado no perdonan, Lázaro”, predicó Iván.

—Sí, padre. —Lázaro disminuyó la velocidad y comió con cuidado, tratando de sofocar el torbellino de alegría y emociones que lo invadían, aunque con poco éxito.

“Quiero que traigas agua del pozo después de comer. Tus túnicas y capuchas

Necesitan lavarse.

Entonces, una perturbación, como una ráfaga de aire frío, interrumpió sus pensamientos.

Lázaro dirigió la mirada hacia la puerta, hacia el origen de aquel escalofrío.

—Deberían estar secos cuando nosotros... ¿qué pasa? —preguntó Iván, con la voz aparentemente apagada y distante.

Lázaro podía sentirlo : algo fuera de la puerta, algo completamente nuevo pero instintivamente Familiar. Un trance lo envolvió, borrando todo excepto la vista, el oído y el olfato.

—¿Viene alguien? —susurró Iván. Las sospechas de Lázaro eran correctas. Oyó la puerta.

crepitar y estallar, como si algo bastante grande se apoyara cada vez con más fuerza contra él.

Iván se acercó a la puerta y apoyó el hombro contra ella. La puerta se negaba a abrirse.

—¿Quién está al otro lado de la puerta, Lázaro? —susurró Iván.

“La puerta se abre sola.”

“No, Lázaro. Usa tus oídos. ¿Cuántos hay ahí fuera?”

—No se oyeron pasos, ni el roce de las ropas. Y no oigo respiraciones; no hay nadie ahí fuera —dijo Lázaro. Iván resopló.

—Padre, debo confesar algo —susurró Lázaro.

"¿Qué es?"

—La otra noche, cuando la Piedra de la Puerta gritó... —Lázaro bajó la mirada.

“¡Suéltalo ya, Lázaro!”

“Yo, bueno, en mi mente, oí la Piedra de la Puerta. Afirmaba ser mi Madre, que vendría a visitarme.”

“¿Hablaste con...?!”

—Perdóname, fraile. Yo simplemente...

“¡Madre de Dios! Lázaro, nos has puesto a ambos en grave peligro”. Iván se frotó la cara y comenzó a pasearse frenéticamente por la habitación.

“No lo entendí, y me prohibiste hablar...”

“No hables más de eso. Despeja tu mente. Nos vamos ahora.”

“Sí, fraile.”

Un zumbido similar al de las langostas rompió el silencio. Padre e hijo miraron a su alrededor. El agudo chillido aumentó de volumen hasta convertirse en el de diez langostas, luego en el de cien. Cada vez más fuerte. Lázaro se sentó, se tapó los oídos con las manos y dejó caer la cabeza sobre la mesa. Los ojos muy abiertos de Iván recorrieron la habitación. En la pared oeste, debajo de la cruz de madera, el Las piedras comenzaron a abultarse como el vientre de una mujer embarazada. La cruz resonó en el suelo. Los bloques se desprendieron del muro, reuniéndose y agrupándose en una forma anatómica. La aberración adoptó entonces la forma distorsionada de una mujer desnuda con cabello rojo suelto y ojos completamente negros. La criatura, parecida a una langosta, salió volando y la mujer se adelantó con la misma sonrisa atroz que transformó al fraile Festoneau en una momia infértil.

Lázaro se destapó los oídos y alzó la cabeza. Ante él estaba la Madre Lucifael; podía sentir la verdad que se revelaba. Lázaro se encontró mirando los círculos carmesí de sus pechos. Y estos lo miraron fijamente como ojos desorbitados y horrorizados.

—¡Apártate, Lázaro! —ordenó Iván. Lázaro volvió a dejar caer la cabeza sobre la mesa .

“ Ahora en serio, sacerdote. ¿Soy tan fea? ¿Acaso no te he complacido, querido? —preguntó con la voz de muchas mujeres.

“Nos deja. No aquí.”

¿No le contaste a Eljo lo de su madre?

¿No tienes respeto? Es solo un niño. ¡Por Dios, mujer, lárgate!

“¿Tenéis que saludarme así? Mirad lo que os he dado”. Miraron a Lázaro y luego volvieron a mirarlo.

“Él pertenece a Dios.”

Ella sonrió, se inclinó y abrió los brazos: «Ahora, ahora. Ven con tu Madre, Lázaro. Me llamaste y aquí estoy, para ti. Abraza a tu Madre, hijo».

Lázaro levantó la cabeza y volvió a encontrar sus pechos, sueltos y llenos. Los gemelos se balanceaban con gracia bajo ella.

—¡Lázaro! —le regañó Iván.

Lázaro bajó la cabeza y habló al cuenco de comida: «Ella entra en mi mente, fraile. Siento...»

Ella... Ella no respira... no está viva.

—Te ruego que pares —suplicó Iván.

Lázaro negó con la cabeza y se dirigió de nuevo al cuenco: "¿Por qué haces esto?"

"¡Déjenlo en paz! ¡No es más que un niño!", bramó Iván.

Lucifael se levantó y replicó a Iván: «No mandas nada, bestia. Cierra la boca, no sea que te lama los ojos para siempre».

Iván se interpuso entre Lázaro y él y escupió: «Y tú no mandas nada sin Dios Todopoderoso».

Ella lo atravesó con sus ojos negros; "No me provoques, bestia".

Lázaro volvió a alzar la vista. Más allá de Iván, pudo ver la mitad de su desnudez. Como toda criatura grotesca, ella tampoco tenía ombligo. Sus ojos recorrieron su pálido vientre y se detuvieron entre sus muslos. Ella se giró ligeramente, permitiendo que Lázaro la viera por completo. El pecado lo calentó. Sus venas ardían por ello. Ella sonrió.

«Siervo impuro, en el nombre de Cristo nuestro Señor que te ata, ¡vete!»

Lucifael rió y replicó a Iván: "¿Siervo? ¿Atado? Escucha la sabiduría, bestia. Fui yo quien ató a tu Cristo y lo juzgó y azotó. Fui yo quien clavó los clavos en su manos y pies. Fui yo quien le abrió el costado y se burló de él, y lo coronó rey con espinas quebradizas. Fui yo quien lo puso a prueba, y aquel que me atestiguó. Fui yo quien lo aplastó como a un insecto indefenso en las páginas de la eternidad, creando la misma fe que ahora dices abrazar. No soy un siervo atado, querido hombre santo. Atestigua de mí como lo hizo Jesús. y como lo hace Lázaro."

Iván siguió su mirada; Lázaro la miraba fijamente, otra vez.

—¡Lázaro! —lo regañó Iván, tapándole aún más la vista. Lázaro bajó la cabeza, con las manos sobre la máscara. Ella alzó el rostro hacia el techo y llenó la habitación con mil risas macabras.

Entonces ella dijo: "Mi Eljo es mucho más hombre que tú, y él no es ningún hombre".

"Te ordeno, demonio, en el nombre del Santísimo Señor y Cristo, que abandones este lugar de ¡Dios mío! —gritó Iván.

Cambió su voz y, hablando como Iván, dijo: «No soy más un hombre de Dios que una piedra en estas paredes. Lázaro es la consecuencia de mi lujuria aprisionada, el pecado de mi alma infiel y traicionera».

—¡Lázaro, tápate los oídos! —gritó Iván por encima de la voz imitada. Lázaro obedeció.

Ella continuó hablando por él, "Me lo recuerda a diario, sin palabras. Lázaro se está ahogando en mi propia culpa. Cuando lo veo, me veo a mí misma. Fuerza mi fe en

Él, no por él, sino por mí. Él sufrirá los dolores de la justicia como mi culpa debería sufrirlos. Con el tiempo, Lázaro se ahogará por completo, lavando mis pecados, y yo seré purificado.

“¡Basta! ¡Por Dios, lárgate de aquí!”, bramó Iván.

Lucifael le devolvió la voz a la anterior: «Quizás deberías ahogarte en tu propia culpa y dejar que Lázaro se ahogue en la suya».

Desde las ranuras donde se guardaban las momias, desde detrás de cada cadáver, una marea de ratas invadía la habitación. Cientos de ellos salieron de los agujeros, un mar hirviente de pelaje negro. Un hedor se elevó de su pelo grasiento y enfermo y asfixió el aire respirable de la habitación. La vela entregó su llama y la cripta se volvió negra. Las pupilas de Lázaro se abrieron de par en par y se desprendieron. Las capas de sombras solo para que él descubriera a su madre sonriéndole con una sonrisa pícara, sus brillantes ojos negros aún más negros que la oscuridad entre ellos.

Las ratas salieron en masa. Ojos brillantes, dientes apretados y rechinantes, garras afiladas como agujas y colas grises que se agitaban cubrían cada centímetro del suelo. Sus garras sucias resonaban en el suelo como las patas de un millón de escorpiones. Sus chillidos se fundían en uno solo y se retorcían en un caos rabioso. Los roedores invadieron las sandalias de Iván y se metieron dentro de su túnica. Lo arañaron y lo mordisquearon. Iván gritó, arrancándose racimos enteros. Se desplomó al suelo y el océano negro de pestilencia lo ahogó, lavándole la carne.

De repente, la habitación quedó en silencio mientras Iván se retorció en el suelo vacío. La Mujer se cernía sobre él, riendo. La ilusión se había desvanecido, pero el dolor abrumador de la carne desgarrada permanecía con él. Lázaro luchó por ayudar a Iván a levantarse del suelo. Iván rodó de lado y vomitó. Lázaro se levantó y se arrancó la máscara. Pasó por encima de Iván y la desafió, siseando, con las orejas hacia atrás y los gruesos colmillos al descubierto. Ella frunció el ceño y ladeó brevemente la cabeza, como un perro confundido. Luego saltó hacia adelante, gruñendo, y golpeó a Lázaro, enviándolo a estrellarse contra una de las ranuras de la momia y en un montón inconsciente.

Ella se inclinó y le levantó la cabeza tirando de un mechón de pelo. Le susurró al oído a Iván en el voz de muchas mujeres, “Sepan a quién dar testimonio. Presten atención a esto: En un campo que es mío, la piedra no es suya para que se maravillen; yo no soy suya para que se maravillen; el Eljo no es suyo para que se maravillen. Y aquel que pasa de largo y se entromete en destinos ajenos es semejante a quien agarra a un dragón por la cola.

Ella bajó la cabeza, se puso de pie y continuó sus blasfemias: «En verdad, atestiguadme, como

Jesús lo hizo. Yo soy Lucifael, Ángel de ángeles, líder de legiones, y con derecho a aquello que jamás podrás reunir. Si no fueras ya mío, te acabaría aquí y Ahora. No te metas en mis asuntos, bestia. Ivan se revolvió y cayó inconsciente.

Se giró y, entre el zumbido de mil langostas, se desvaneció a través de la pared. Un silencio se cernió sobre la cámara de brea, una quietud mortal propia de cualquier cripta.

~\*~

Fray Odino cruzó el patio arrastrando los pies con toda la fingida indiferencia que pudo reunir, tras haber guardado provisiones robadas para unos cinco días en el dormitorio de los monjes. Se deslizó por la entrada lateral del edificio que albergaba la entrada a las catacumbas. Al final del pasillo principal, oyó a los soldados entrar por la puerta principal. La voz del capitán Bourne ladró roncamente por encima del paso de los pies que marchaban y el tintineo de las armaduras metálicas: "¡Los tres: el alto, el gordo y el escudero con la máscara!" ¡Registren todos los túneles, todas las criptas! Si los capturan, llévenlos a los baños públicos e infórmenme de inmediato.

—Sí, capitán —respondió una voz.

“Ahora, al dormitorio. Ustedes vengan conmigo.”

Odino se hundió en las sombras de un profundo arco mientras los soldados se dispersaban. Una columna flanqueaba un corredor que conducía a las catacumbas. Bourne se apartó con el resto; marcharon directamente hacia Odino. Este apretó el estómago, se acurrucó en un rincón y contuvo la respiración. A escasos centímetros de él, casi a la altura de los ojos, un soldado tras otro pasaba a su lado y salía del edificio.

Odino se alejó rápidamente de ellos y salió por la entrada lateral, con los ojos puestos en todas partes. Se sentía desnudo, como un cerdo brillante encerrado entre doscientos lobos hambrientos. Se escabulló en la noche y se ocultó tras una hilera de arbustos perennes justo al lado del muro exterior de la abadía, asomándose entre la maraña de ramas a las pequeñas patrullas de soldados que atravesaban el patio. Jadeando, su aliento formando una niebla en el aire fresco, Odino se apoyó contra las piedras del muro y reunió valor, y sus rodillas temblorosas. Tenía que encontrar a Iván antes de que los hombres del capitán pudieran localizarlo; tenía que mantener puesta la capucha de Lázaro. pero ante todo, tenía que recuperar el aliento de un hombre gordo. En una idea sorprendente e incluso aleccionadora, sabía que estaba en desventaja numérica, sin cobertura y ciertamente sin tiempo para hacer nada más que jadeos y resoplidos, tal vez una tragedia que se desarrolla rápidamente y en toda regla.

Casi treinta pies bajo las sandalias de Odino y en lo profundo de las catacumbas, la puerta a

La cripta de Bastón fue forzada a abrirse. Una antorcha, que ondeaba al viento, iluminaba la oscuridad. «¡Los tenemos ! ¡Aquí están!», gritó el portador de la antorcha por el pasillo. Iván, tendido en el suelo, se movió al sentir la estampida de botas que se aproximaban. Los soldados irrumpieron en la cripta. Dos guardias alzaron a Iván.

—¿Dónde está el fraile gordo, Odino? —le preguntó un soldado. Otro encontró la máscara de Lázaro en el suelo y se la dio al hombre que interrogaba a Iván. Más allá del cadáver, envueltos en la oscuridad, un par de ojos de un azul intenso miraban fijamente hacia afuera.

—¿Dónde está el chico? Sí, esta es su máscara —le preguntó el soldado. Silencioso como un ratón de cripta, bajó la cabeza y se echó la túnica sobrante por encima de la cabeza.

Varios hombres pasaron sus antorchas por la habitación, viéndola vacía, salvo por filas de momias encajadas en las paredes. Iván divisó un trozo de túnica nueva detrás de la momia: la túnica de Lázaro . Se movió ligeramente.

—Debo haberme caído. ¿Estoy sangrando? ¿Lo ven? —les preguntó Iván, apuntándole de nuevo con sus antorchas.

“No. ¿Por qué estás en esta tumba?”

Iván se frotó la cara y tropezó pasando junto a los soldados hacia la puerta. El apretó su lo abrazó y lo detuvo.

“Vine a rezar, pero caí en la oscuridad. No pude encontrar el camino.”

“¿Y esta máscara? ¿Dónde está el niño?”

“Oh, tiene muchas máscaras de ese tipo. Esa está gastada, ahora es solo un trapo. Lázaro está confinado a sus aposentos. Te lo ruego, necesito tomar aire”, Iván se obligó a abrirse paso hasta la puerta. Los hombres Le eché un último vistazo a la cripta y, a regañadientes, lo seguí.

—¿Dónde están los aposentos del muchacho? —preguntó el soldado.

“Siga por este pasillo, gire a la derecha y su habitación será la primera a la izquierda.”

“¿Y dónde está el fraile Odino?”

—Estaba en su celda, en el dormitorio, si mal no recuerdo. Debo ver cómo está Lázaro. Iván se zafó de los soldados. Ellos lo sujetaron con más fuerza.

“Mis órdenes son arrestarte, fraile. Debes venir conmigo.”

“¿¡Qué?! ¿¡Arresto?! ¿Y por qué?”, preguntó Iván con incredulidad.

El soldado se dirigió a los demás: “Todos ustedes, continúen la búsqueda en los aposentos del muchacho”.

Se volvió hacia Iván y le dijo: «Perdóname, esto me resulta tan difícil como a ti, fraile.

Simplemente siga órdenes. Ven en paz, si quieres». Iván accedió de buena gana.

Para Lázaro, la voz del soldado que se marchaba se desvaneció como un eco lejano mientras permanecía en el cripta, yaciendo petrificado bajo un sacerdote igualmente petrificado: el cadáver del anterior

El abad Clairese Baston, de la cripta de Baston. Los restos pertenecían al sacerdote que selló a Naramsin en el túnel de Benion, con la esperanza de sepultar para siempre el idioma y los secretos de la Piedra de la Puerta. Y ahora, el cadáver del abad Baston ayudaba a proteger a Lázaro de ser descubierto de inmediato, ya que permanecía completamente oculto bajo sus restos.

1 de octubre de 1347

Tanto para Lázaro como para Iván, sus observaciones internas fueron similares: «Era un día inusual». En la abadía, sin el repique matutino del campanario para las vísperas, ni las llamadas a las comidas en el refectorio, ni los sonoros tañidos para la meditación y la oración vespertinas en los dormitorios, simplemente no existía ningún atisbo de orden ni rutina en cuanto a su eterno y sagrado horario de ora et labora. Bajo el silencio sepulcral de la campana catedralicia, era como si el tiempo mismo se hubiera detenido por completo dentro de los muros extrañamente bulliciosos de la abadía. Lázaro e Iván estaban atrapados, separados el uno del otro; Lázaro se agitaba bajo un cadáver frágil y crujiente, e Iván estaba atrapado dentro de los baños vigilados de la abadía, sin posibilidad de escapar.

A lo largo del día, ambos escucharon los alrededores de la Abadía de manera similar: donde normalmente las catacumbas estarían silenciosas, sus paredes ahora resonaban con las voces lejanas de los llamados de los soldados, discusiones e incluso alguna risa ocasional. Y donde normalmente el patio de la Abadía estaría tranquilo con monjes errantes en solemne meditación, el recinto bullía de soldados ruidosos, caballos que resoplaban y metal que tintineaba.

Sin embargo, existía una marcada diferencia en su continuo sufrimiento. Mientras Lázaro yacía atrapado bajo un sacerdote muerto, su aliento húmedo calentaba el mínimo espacio hasta un punto sofocante. El sudor corría bajo su túnica pegajosa que retenía el calor. La nueva humedad bajo el viejo cadáver resucitaba el rancio olor a descomposición con renovado vigor, que luego llenaba el estrecho espacio de Lázaro como un sudario pútrido, expansivo y tangible. Y mientras Iván permanecía atrapado tras soldados cautelosos, casi se congelaba en el aire fresco y gélido de los baños de piedra. Caminaba en círculos alrededor de la piscina, protegido del frío por poco más que una túnica y sandalias. Ya no podía sentir el dolor punzante que antes sentía en los dedos de las manos y los pies; era como si sus extremidades ya no existieran. Para Lázaro e Iván, en su miseria compartida, el tiempo transcurría lentamente a lo largo de un día aparentemente miserable e interminable. Por fin, el crepúsculo y las largas sombras se cernieron sobre la abadía.

Mientras dos soldados estaban de pie frente a la entrada principal de los baños, Iván volvió a observar las ventanas profundas y estrechas: «Un niño podría pasar fácilmente por ellas, pero no un

«Hombre de su complexión». Se sentó al borde del estanque de piedra y observó la entrada vigilada, como lo había hecho innumerables veces desde entonces; aún no había una vía de escape clara. Uno de los hombres entró en los baños y pasó junto a él. En la esquina trasera del edificio, se detuvo en una plataforma elevada, apartó una tapa de madera y orinó. Por encima del hombro, le preguntó a Iván: «Entonces, ¿por qué te han arrestado?». Iván espetó sarcásticamente: "Me niego a escuchar las confesiones de tu capitán". El guardia soltó una risita, volvió a tapar el agujero con el taco y regresó a su puesto junto a la puerta. Murmuró algo al otro guardia, quien miró brevemente a Iván y se echó a reír.

“¡Psst!”, se oyó un silbido desde la ventana de la pared trasera. La cabeza de Odino llenaba el estrecho agujero. Iván corrió hacia la ventana: “¡Alabado sea Dios! Odino, ¿dónde está Lázaro?”

“Seguimos en las catacumbas, según entiendo. Los guardias aún no nos han encontrado.”

“Odino. Escúchame. Trae muchas túnicas, los brazos llenos.”

“¿Tienes frío?”

“Hazlo, Odino. Date prisa.”

Odino desapareció y, finalmente, regresó, introduciendo la masa de tela por la ventana.

—Me escondo tras los arbustos del muro oeste —siseó Odino.

“¡Suficiente! ¡Adelante!”

Odino se escabulló.

Iván colgó una de las túnicas a medias por la pequeña ventana. Luego abrió una de las túnicas y rellenoó su cavidad, mangas y capucha con el resto de ellas. Desató su cinturón de cuerda y lo abrochó como un cinturón alrededor del maniquí. Lo apoyó con su espalda hacia arriba. Los guardias se despidieron y él se dirigió a la parte trasera de los baños, donde deslizó la tapa de madera de la letrina e inclinó la plataforma hacia atrás. Se arrastró hasta el fétido agujero de tierra y volvió a colocar la plataforma sobre sí, con cuidado de volver a poner el bloque de madera sobre la abertura.

Momentos después, oyó pasos y la voz del segundo guardia que interrogaba al maniquí improvisado: "¿Así que te negaste a escuchar la confesión del capitán?". El soldado se rió.

El guardia levantó el bloque de madera de la letrina e Iván se echó hacia atrás, mirando a través del agujero, mientras el guardia se preparaba. Y así lo hizo: Iván hizo una mueca al sentir la parte delantera de su túnica caliente y húmeda.

El soldado continuó, mirando por encima del hombro y luego al maniquí: “Ni el diablo se atrevería...”

El arroyo se detuvo. El guardia retrocedió de un salto.

“¡Sí! ¡ Se ha ido! ¡El fraile se ha ido!”

El primer guardia llegó corriendo. El segundo señaló la túnica en la ventana: “¡Se ha escapado!”.

¡Es demasiado pequeño! ¡Se esconde en algún sitio!

Registraron minuciosamente los baños, destrozándolos por completo, cuando el segundo exclamó: «¡Les digo que se ha escapado! ¡El capitán ya está decidido a que rueden cabezas con esos dos aún sueltos ! ¡Estamos perdiendo el tiempo aquí!».

Juntos, salieron corriendo por la puerta y rodearon el edificio. Iván apartó la letrina de madera, salió del agujero y huyó.

Poco después, Iván encontró a Odino haciéndole señas para que se metiera entre los arbustos. Odino lo recibió con cara de enfado. —¿Qué has hecho? —preguntó, tapándose la nariz y la boca—. ¿Has tenido algún percance? “Muchos de ellos ya... no es el momento, Odino.”

Sus respiraciones se condensaron en el frío aire del crepúsculo. Odino se apartó de Iván, con el rostro contraído por el persistente olor.

“¿Qué sabes, Odino? Cuéntalo todo.”

“Entiendo que el Cardenal tiene la intención de abrir la Piedra de la Puerta. Ahora está en la catedral con Clodio, Greville y Grate. Ha ordenado que los monjes y escuderos sean encerrados en el dormitorio y el capitán ha duplicado la guardia en todas las entradas.

“Lázaro no puede estar aquí cuando lo intenten ; es sumamente peligroso. Debemos rescatarlo”. Nos marchamos de la Abadía esta tarde. ¿Te unes a nuestra partida?

"¡En efecto!"

“Entonces partiremos hacia Mountain's Mouth esta noche. ¿ Conseguiste la comida y el agua ?”

“Iván, las provisiones están en mi celda; sin embargo, no puedo pasar de los guardias.”

—Entonces nos quedaremos sin provisiones —afirmó Iván, mirando las estrellas—. Iré a buscar a Lázaro ahora mismo.

—No habría salido de las catacumbas por su cuenta —ofreció Odino—. ¿Quizás del Pozo? Se habría escondido...

—Está en la cripta de Baston. Quédate aquí. Iván pasó junto a él arrastrando los pies, se abrió paso entre los arbustos y corrió hacia la entrada lateral del edificio que albergaba las catacumbas. entrada.

Odino oyó entonces gritos furiosos provenientes del otro lado del edificio y se asomó entre la espesa matorrales para observar el alboroto. El capitán Bourne y numerosos guardias con antorchas iluminaban la esquina. Bourne señalaba por todas partes, dando instrucciones mientras gritaba: «¡Acordonen el edificio! ¡Ustedes cuatro, formen filas dobles allí ! ¡Quiero puestos espalda con espalda! ¡Todos ustedes, espacien sus puestos al otro lado! ¡Los seis queden aquí! ¡Aseguren todas las puertas y ventanas! ¡El resto venga conmigo! ¡En marcha!».

Entonces el capitán añadió, todavía gritando, pero ahora más para sí mismo: “¡Le permití escapar!”  
¡Malditos ineptos! Una multitud de soldados invadió la entrada principal del edificio, mientras que otros aseguraron la entrada lateral por donde Iván acababa de entrar. sí mismo.

Odino echó la cabeza hacia atrás contra la pared, cerró los ojos, apretó los dientes y golpeó las piedras con el puño: una tragedia consumada.

Iván corrió por el pasillo principal, gritando el nombre de Lázaro. Casi al instante, Lázaro dobló la esquina del túnel que conducía a la Cripta de Bastón. Se abrazaron con los brazos abiertos.

Iván lo apartó bruscamente y lo sacudió por los hombros. “¡Escúchame, Lázaro! ¡Haz lo que te digo!”  
¿Lo entiendes?”

“Sí, padre.”

“¡Nos vamos ya! ¡No te detengas ni hables! ¡Date prisa y quédate cerca de mí!”

Iván lo soltó, se dio la vuelta y corrió de vuelta por el túnel, con Lázaro siguiéndole de cerca como un enano jorobado fantasmal. Doblaron la esquina hacia el pasillo de la escalera y se detuvieron bruscamente.

Delante de ellos, el capitán Bourne descendió las escaleras seguido de cerca por un grupo de soldados.

“Basta. La persecución ha terminado, sacerdote.”

Iván se interpuso entre Lázaro y el peligro. Era inútil.

Bajó los hombros. —Nos iremos en paz. Iván forzó una sonrisa, hizo una reverencia y juntó las manos como un buen fraile.

“Claro que sí. ¿Y dónde está el gordo?”

“¿Fray Odino?”

“Lo mismo.”

“Desconozco su paradero.”

Bourne se inclinó hacia el rostro de Iván; “Debería estar con su abad ahora, sin embargo, me encuentro persiguiendo a dos monjes inadaptados y a un escudero jorobado por la abadía. Has venido a molestarme. Ahora, puesto que todos los sacerdotes están en el dormitorio —todos localizados excepto el gordo— y puesto que sé que no había túnicas sacerdotales en los baños antes de tu arresto. Te lo pregunto una vez más. ¿Dónde está? Espero una respuesta.

“Como te dije, no sé dónde...”

Bourne se dio la vuelta, giró y le propinó un puñetazo en la mandíbula a Iván. Lazarus siseó.

—¡Lázaro! —lo detuvo Iván. Iván se abalanzó sobre él, distraendo a todos con un puñetazo en la mandíbula del capitán. Los guardias contuvieron a Iván mientras Bourne recuperaba el aliento.

«Ah, un sacerdote con fuego en el alma», dijo Bourne, limpiándose la sangre del labio fruncido. Ordenó a sus hombres: «Apártenlo. El muchacho suena más bien como un animal».

Los guardias hicieron retroceder a un Iván que se resistía. Lázaro saltó hacia atrás; sus ojos vacíos miraban fijamente a Bourne.

—Dije que nos iríamos pacíficamente —espetó Iván—. ¡Solo no le hagan daño al niño! ¡Está enfermo! Varios guardias retrocedieron. Sin embargo, el capitán, firme y decidido, murmuró: «Quiero ver su rostro». Le ordenó a su guardia más cercano: «Tú. Quitate la máscara».

—¡No! ¡No debes! —gritó Iván, forcejeando.

El soldado agarró la capucha de Lázaro y se la arrancó. Soldados horrorizados se dispersaron con un estrépito de armas desenvainadas.

«¡Siseo!», escupió Lázaro a un Bourne que se retiraba; ojos azules muy abiertos, cabello negro y salvaje, orejas largas pegadas al cuerpo y colmillos amenazantes.

«¡Un niño demonio!», gritó uno. Otros murmuraron con asombro.

—¡No! —Iván se liberó y estrelló al guardia más cercano contra la pared. Varios guardias lo rodearon y él los lanzó por los aires como un gigante enloquecido. Con la sala sumida en el caos, Bourne se abalanzó sobre Iván y le clavó una daga de empuñadura blanca bajo las costillas. Iván se estremeció y retrocedió tambaleándose. Jadeando, gritó: —  
¡Corre, Lázaro!

**Lázaro presencié el cuchillo, la sangre y algo... algo terrible en los ojos de Iván.**  
«¡Chirrido!» El grito agudo de Lázaro rasgó el aire. Los soldados, ensordecidos, se quedaron atónitos. Iván se desplomó al suelo y gimió: «¡Date prisa, muchacho! ¡Ahora!».

Con la entrada de las catacumbas completamente sellada, Lázaro giró y voló por el corredor principal, adentrándose en los túneles como un espectro en llamas.

Los soldados se detuvieron bruscamente, bajaron las armas, intercambiaron miradas atónitas entre sí y observaron boquiabiertos a Ivan y Bourne. Ivan gimió hacia Bourne: «No tiene malas intenciones. Su corazón está con Dios. Te lo ruego, déjalo ir». Luego, ladeó la cabeza, suspiró y dirigió una mirada soñolienta y vacía hacia la nada, salvo una grieta en la pared.

En el silencio que siguió, Bourne alzó la vista y vio a sus hombres examinando la daga que sostenía, cuya hoja estaba manchada con la sangre del sacerdote. De repente, la limpió, la envainó y rompió el silencio: «Sigan adelante». Se dio la vuelta y subió las escaleras, mientras sus hombres le abrían paso como un mar muerto que se abre. Se detuvo y les dijo: «Arréstenlo; nada de espadas ni armas blancas; quiero a ese muchacho diabólico ileso». Sus hombres permanecieron a su alrededor, inmóviles como estatuas.

"¡Ahora!"

Su sargento respondió: “¡Ya oyeron al capitán! ¡Muévanse! ” Él salió corriendo por el Catacumbas”. Los soldados envainaron sus espadas y entraron tras él. Las órdenes del sargento, que resonaban en el túnel, se desvanecieron: “¡Ustedes tres por allá! ¡Revisen esas puertas! ¡Ustedes dos ahí dentro! ¡Registren cada grieta y hendidura!”.

En la escalera, Bourne murmuró para sí mismo y para sus hombres: «Ningún sacerdote digno protege a una bestia». Llamó a seis: «Vengan conmigo. Confío en que hayan preparado a mis tropas en el patio».

A lo que uno de ellos afirmó: “Sí, capitán. Cien hombres de gran tamaño, esperando órdenes”.

Bourne echó un vistazo por encima del hombro a los restos de Ivan, entrecerró los ojos y subió corriendo las escaleras.

“Acabemos con esto de una vez.”

[Fin del capítulo 6]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

## Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~